

Los dos frailes que iban delante de la camilla habían tomado las dos antorchas de los que acababan de perecer en la refriega. Si ahora nos preguntan nuestros lectores la causa de la diferencia entre lo sucedido á Roland y á sir John; si desean saber por qué se trató al primero con tanta benignidad, y tan severamente al segundo; les contestaremos: acordados de que Morgan había recomendado al hermano de Amelia, y que escudado con semejante garantía, no podía Roland morir á manos de los compañeros de Jehú.

#### IV.

##### La casita de la calle de la Victoria.

Mientras es conducido sir John Tanlay al castillo de Fuentes-Negras; mientras recorre apresuradamente Roland el camino que, según sus noticias, iba este siguiendo; mientras el mensajero por él enviado va á prevenir al doctor Milliet se traslade con urgencia á casa de madama de Montrevel, salvemos el espacio que separa á Bourg de París, y el tiempo que media entre el 16 de octubre y el 7 de noviembre, ó sea, entre el 24 de *vendimiario* y el 16 de *brumario*, y penetremos, á eso de las cuatro de la tarde, en la casita de la calle de la Victoria, á que ya nos hemos referido por dos distintas

veces. Es la misma que aun hoy excita la curiosidad de los transeuntes, cifrada con el núm. 60, en la acera derecha de dicha calle, ostentando, después de tantos cambios de gobierno, el escudo de las armas consulares.

Sigamos la larga y estrecha calle de árboles que, desde la puerta de la calle, conduce á la de la casa, y sin detenernos en la antesala, tomemos el corredor de la derecha, y después de haber subido los veinte escalones que se hallan á su extremo, entremos en el gabinete que se nos presenta, cubiertas las paredes de papel verde, y amueblado con sillaría y cortinajes del mismo color. Las cartas geográficas y planos de diferentes ciudades son los únicos cuadros que se ofrecen á la vista; á cada lado de la chimenea hay una librería de caoba, cuyos estantes bastan apenas á contener los innumerables tomos que constituyen sin duda la biblioteca particular de algún sábio; viéndose además esparcidos infinitos libros y cuadernos encima de las sillas, sillones y sofás, sin quedar sitio alguno donde poder sentarse.

Frente á una mesa, y oculto casi entre un gran montón de papeles, cartas, planos y libros, distínguese á un jóven, ocupado, con visibles muestras de impaciencia, en copiar un corto manuscrito, cuya letra podía ventajosamente competir en claridad con los geroglíficos del obelisco de Lougso. Cuando rayaba ya en desesperación la impaciencia del secretario, abrióse la puerta, presentándose un oficial con uniforme de ayudante de campo. Levantó la cabeza el secretario,

y al conocer al recién llegado, pintóse en su semblante la mas cordial alegría.

— Oh! mi querido Roland, exclamó, por fin hemos logrado recobraros; mucho me alegro de vuestra venida, pues además de que no me hallo bien lejos de vos, el general os está aguardando con impaciencia, y á cada instante pregunta si habeis llegado. Pero ante todo abrazadme.

Diéronse un cordial abrazo el secretario y el ayudante de campo.

— Bueno, veamos, querido Bourrienne, dijo el último, ponedme ahora al corriente de lo que pasa por aquí, no vayan á creer que llego de Monomotapa. — Antes hablemos de vos; cuándo habeis sido llamado? — Una hora antes de ponerme en camino. — Por quién? — Por el mismo general. — En carta particular? — De su propio puño, vedla.

Sacó el jóven del bolsillo un papel sin firma, en el que habia escritas dos líneas, de la misma letra que estaba á la sazón examinando Bourrienne. Decian estas dos líneas:

« Ponte en camino; es preciso que estés en París el diez y seis de brumario; te necesito. »

— Sí, dijo Bourrienne, será para el 18. — Y qué ha de ser para el 18? — Ah! á fe mia me preguntais mas de lo que puedo deciros, Roland. Bien sabeis que el hombre no es muy franco que digamos. Qué sucederá el 18 de brumario? Lo ignoro; pero de seguro que sucederá algo. — Oh! vos lo sospechais ya! — Me parece que querrá hacerse director, ponién-

dose en lugar de Sieyes, tal vez presidente en lugar de Gohier... hasta el presente esto es lo que parece; pero no ignorais, amigo mio, que con nuestro general, quien quiera saber es necesario que adivine. — Ah! pues yo soy demasiado perezoso para tomarme ese trabajo, Bourrienne; yo soy un verdadero genízaro; lo que él haga bien hecho estará. Por qué diablos he de tomarme la pena de tener una opinion, de discutirla y de defenderla? Bastante pesado es ya vivir.

Acompañó el jóven este aforismo con un largo bostezo, añadiendo despues con el acento de la mas completa indiferencia:

— Creéis que habrá sablazos que repartir, Bourrienne? — Es muy probable. — Bueno! y entonces no faltará alguna probabilidad de hacerse matar, que es todo lo que necesito. Dónde está el general? — En casa de madama Bonaparte; hace un cuarto de hora que ha salido. Le habeis hecho avisar vuestra llegada? — No, he querido antes veros. Pero ahí le tenemos, oigo sus pasos.

Al mismo instante abrióse bruscamente la puerta, entrando el personaje histórico que hemos encontrado en Avignon guardando el incógnito. Vestia ahora el pintoresco uniforme de general en jefe del ejército de Egipto. Únicamente, como se hallaba en su casa, tenia desnuda la cabeza. Encontróle Roland los ojos mas hundidos, y el color mas atezado que de costumbre. Al ver al jóven, su ojo de ordinario sombrío, ó mejor meditativo, brilló con mayor viveza.

— Ah! eres tú, Roland, le dijo; fiel como el acero, te llaman, ya estás aquí. Sé bien venido.

Y tendió la mano al jóven; y luego con una imperceptible sonrisa:

— Qué hacias aquí con Bourrienne? le preguntó.—Os estaba aguardando, general.—Y aguardándome, habeis charlado como dos viejas?—Es verdad, general; le he enseñado la órden de estar aquí el 16 de *brumario*.

Echó el general una mirada de descontento á Bourrienne; volviéndose despues á Roland:

—A propósito, le dijo, y el inglés?—Cabalmente, general, iba yo tambien á hablaros de él.—Está todavía en Francia?—Sí, y por poco se queda en ella, hasta que la trompeta del juicio final toque diana en el valle de Josafat.—Te habias encargado tambien de matarle?—Oh! no; somos los mejores amigos del mundo; y creed, general, que es un hombre tan excelente, y tan original al mismo tiempo, que me atrevo á pedir para él alguna benevolencia de vuestra parte.—Qué le ha sucedido pues á tu amigo?—Ha sido juzgado, condenado y ejecutado.—Qué estás diciendo?—La verdad, mi general.—Y cómo ha sido juzgado, condenado y guillotinado?—Oh! no tanto: juzgado y condenado, sí; guillotinado, no; si lo hubiese sido, estaria aun peor de lo que está.—Veamos, por qué tribunal ha sido juzgado y condenado?—Por el de los compañeros de Jehú.—Qué significa esto de los compañeros de Jehú?—Bravo! segun

veo, habeis olvidado ya á nuestro amigo Morgan, al hombre de la máscara, que vino á devolver los doscientos luises á aquel pobre diablo.—No, dijo Bonaparte, no lo he olvidado. Pero volvamos á tu inglés, hablador; es Morgan quién lo ha asesinado?—Él no, sus compañeros.—Pero hasta ahora no conocemos mas que los jueces; falta saber la forma del juicio.—Siempre sois el mismo, general, dijo Roland con el tono de familiaridad adquirida en la escuela militar; quereis que os lo expliquen todo, y no dais tiempo de hablar.—Métete en los Quinientos, y hablarás cuanto quieras.—Bah! en los Quinientos habria á lo menos cuatrocientos noventa y nueve colegas que tendrian los mismos deseos de hablar que yo, y me cortarian la palabra. Prefiero verme interrumpido por vos, que por un abogado.—Acabarás por fin?—Pues si esto es lo que yo quiero. Figuraos, general, que cerca de Bourg hay una Cartuja.—La Cartuja de Seillon, ya lo sé.—Cómo! vos teneis noticia de la Cartuja de Seillon? preguntó Roland.—Acaso el general no tiene noticia de todo? preguntó á su vez Bourrienne.—Veamos tu Cartuja; es la en que hay aun los cartujos?—No, en la mia no hay mas que fantasmas.—Vienes á contarme una historia de duendes?—Y de las mas hermosas.—Diablo! Bourrienne sabe que me gustan mucho; veamos.—Pues bien, vinieron á decirnos en el castillo que se veian fantasmas en la Cartuja, y como podeis suponer, deseando saber á punto fijo lo que habia en esto de verdad, sir John y yo, ó mejor, yo y sir

John, nos apostamos cada cual una noche.—Dónde!—En la Cartuja.

Hizo Bonaparte con el pulgar y el índice una imperceptible señal de la cruz, costumbre corza que jamás abandonó.

—Ah! ah! dijo, y viste á los fantasmas?—Ví uno.—Y qué hiciste entonces?—Le disparé un pistoletazo.—Y qué?—Que fué por esto prosiguiendo su camino.—Dándote tú al verlo por vencido? —Ah! bien veo que no me conocéis: al contrario, ¡eché á correr tras él, enviándole una segunda bala; pero como conocia mejor el camino, logró escurrírseme por entre aquellas ruinas.—Diablo!—Al dia siguiente tocaba á sir John, á nuestro inglés.—Y vió tambien á tu duende?—Mas que esto; vió doce frailes que, entrando en la iglesia, le juzgaron por querer penetrar sus secretos, le condenaron á muerte, y ejecutaron acto continuo la sentencia.—Y él no se defendió?—Como un leon. Mató á dos de sus jueces.—Y por fin, murió él tambien?—Poco menos; confio sin embargo que podrá contarlo. Figuraos, general, que fué hallado á la orilla del camino, y trasportado al castillo, con un puñal clavado en medio del pecho, como una estaca en medio de un campo.—Ah! me estás en efecto contando una historia de duendes, ni mas ni menos.—Y en la hoja del puñal, á fin de que no quedase duda alguna, habia grabadas estas palabras: *Compañeros de Jehú*.—Vamos, es imposible que sucedan tales cosas en Francia á últimos del siglo diez y ocho! Esto podria á lo mas creerse en Alemania, durante la edad media, en tiempo

de los Enriques y de los Othones.—Imposible, general? pues ahí teneis el puñal; qué os parece? Tiene una forma elegante, no es verdad?

Sacó el jóven un puñal, todo de acero, hoja y mango. Tenia el puño en forma de cruz, y sobre la hoja estaban efectivamente grabadas estas tres palabras: *Compañeros de Jehú*. Bonaparte examinó el arma con detencion.

—Dices que á tu inglés le clavaron este alfiler en el pecho?—Hasta el puño.—Y no murió?—Cerca le anduvo; pero ello es que vive.—Lo has oido, Bourrienne?—Con la mayor atencion.—Volverás á hablarme de esto, Roland.—Cuándo, general?—Cuándo? cuando seré yo el amo.